

## Constantes en la poesía del guatemalteco Gustavo González Villanueva \*

Víctor Valembois  
Catedrático UCR-UNA (ret.)

*Porque yo amo, sólo amo,  
Por fin, vida, al Amor.*  
(G. González, *Entre la luz y el viento*, p. 30)

Para el Embajador Robert Van Reusel  
y el Primer Secretario Arnout Pauwels,  
diplomáticos belgas:  
no son poetas, pero al igual que ellos,  
por su función, son puentes entre los hombres.

He escrito ya en varias oportunidades sobre el sacerdote guatemalteco Gustavo González Villanueva. La primera<sup>1</sup>, era a modo de presentación del poemario *La voz y la fuente*; la segunda, propuse una brújula exploratoria, general, en relación con un “trípode” constructivo, como lo he llamado<sup>2</sup>; la tercera subrayaba especialmente el eje espacial en su último trabajo, hasta la fecha: *Bitácora de la antigua Guatemala*<sup>3</sup>.

Al volver a leer de un tirón (¡como si se pudiera!) la docena y media de poemarios que don Gustavo ha publicado, se encuentra uno, por un lado, con una sorprendente gama de registros y temas; pero por otro, también con una serie de constantes. Característica importante de esta vasta producción la constituye, por cierto, esa ejemplar perseverancia del autor, más allá del tiempo, con sus modas y espacios, más allá de contextos peculiares. La lectura transversal pone en evidencia las columnas y la viga mayor de su construcción poética. Ahora bien, esos ejes traslucen con mayor razón si uno observa los lugares de escritura que, de vez en cuando, sobre todo en los primeros volúmenes, se le escapan al vate. Son como mojones, al revelar dónde estaba, en el momento de plasmar su verso: en Roma, en Cataluña, en Antigua...

Pero no solo el espacio queda configurado, también el tiempo. ¡Qué útil habría sido para el crítico disponer de la correspondiente ubicación en tiempo y en lugar, respecto

---

\* Ponencia leída para el XI Congreso de CILCA, en la Universidad Nacional, Heredia, Costa Rica, en marzo del 2003.

<sup>1</sup> “Gustavo González contempla una fuente...”, en *La pena del tiempo*, del mismo autor, Editorial Promesa, Poesía n° 34, San José, Costa Rica, 1998, pp. 9-30.

<sup>2</sup> “El poeta Gustavo González y su trípode constructivo”, en la 2ª edición de *Loa en Antigua Guatemala* del mismo, Editorial Promesa, Costa Rica, 1999, pp. 323-349. Se publicó una versión en inglés en *Symbols, images and stereotypes: artistic and aesthetic experience*, Colección Eidos n° 9, San Petersburgo, Rusia, 2000, pp. 90-100.

<sup>3</sup> “La peculiar nave espacial de Gustavo González Villanueva”, presentación del poeta y de su último poemario “Bitácora de Antigua Guatemala”, Editorial Promesa, Costa Rica, 2002, pp.9-29.

de cada una de estas creaciones!: con la producción total del autor se configuraría así un hermoso mapa policromado y un calendario variopinto, desde 1961. Se confirmaría que don Gustavo escribe versos como parte de su respiración, mientras la labor de configuración en libros suele ser posterior. En *Almendras de Oro*, por ejemplo, la mayor parte de los textos remontan a los años sesenta, aunque también por allí aparece la fecha de “11-I-77”, siendo la primera el “1-XII-61”, curiosamente con una especie de manifiesto, nada surrealista: “captaremos un habla/ de puntos suspensivos: punto sin dimensiones”. Mi tarea aquí consistirá entonces en descubrir esa carpintería interna que sostiene el ahora ya tremendo edificio. Lo mismo que con el acto creador, se trata de un crecimiento sostenido, de lectura y relectura en olas progresivas: no nos desanimemos, ¡si el proceso de gestación de la perla puede durar décadas, como ese *Enigma de la almeja*, cuyo parto duró de 1983 a 1996<sup>4</sup>!

La propuesta mía, en la presente oportunidad, consistirá entonces en desarrollar específicamente esos ejes, con la particularidad de que a cada uno le acoplaré un *leitmotiv* temático. Serán cinco en total, en un orden modificable sin alterar el producto. Yo puse el primero en ese lugar porque subraya el epígrafe, fundamento que en realidad abarca todas las demás; coloqué de última la viga maestra de “Antigua”, porque convalida el propósito estructurador de la casa editora, al dividir las obras completas de don Gustavo en dos tomos: el primero, el de los poemarios con referencia más explícita a la vieja capital de Guatemala. De paso, con la presente investigación quedarán reforzadas las otras líneas mayores que ya había subrayado. Como *corpus* para este trabajo, he utilizado preferentemente lo publicado por la Editorial Promesa, de Costa Rica, la cual, desde 1991 se ha dedicado con ahínco a dar a conocer la labor poética de González Villanueva. Una excepción: el *Cancionero y romancero antigüeño*, que también me sirve en refuerzo de la tesis de cinco columnas principales, desarrollada aquí, lo consideraré a partir de la edición guatemalteca (de la Asociación para el Desarrollo Educativo, APDE 1993). Las abreviaturas se harán por lo general con base en una palabra clave del título, seguida de inmediato por la página aludida.

### 1. El eje de la educación (*leitmotiv*: el amor)

Por cuidado del editor, en la mayoría de las publicaciones aparece un extracto del impresionante currículo del poeta: de entrada, don Gustavo es Maestro de Educación Primaria por el Instituto Normal Antonio Larrazábal de Antigua Guatemala. Si bien ese grado, socialmente no luce como el de Abogado y Doctor en Teología, entre seis títulos en total, viéndolo bien, es el más importante: “docentes” y “educadores”, los hubo y los habrá, pero por lo general, los de la actual cosecha no se han dado cuenta de la dimensión dirigista-enrumbadora que sus términos destacados invocan; por tanto crece el déficit de maestros –como en el presente caso, por antonomasia–, de aquellos que, por su conducta ejemplar y hasta por ósmosis, transforman el saber en sabiduría.

En ese binomio recién apuntado, lo primero es pasajero, útil solamente para la apariencia y hasta el prestigio social, la tarjeta de presentación; lo segundo, válido para toda la vida, más allá de notas y títulos. La educación primaria es primera, en todo sentido, porque, aparte de enseñar a leer, sumar y restar, constituye la instancia primordial para la forja de actitudes, tarea en que muchos padres simplemente han capitulado; las alternativas o los suplentes, el televisor comercial y la calle, no son los mejores. Pues bien,

---

<sup>4</sup> Así se deduce por una mención explícita en el volumen, p. 21.

desde su *alfa* a su, esperamos que, lejano todavía *omega* poético, todo el quehacer lírico de don Gustavo está connotado por esa dimensión del maestro, ya no en la clase de los nenes, sino en el aula de la vida. Si a todas las profesiones se aplica aquello de “lo mismo que haces/ hazlo sólo por Amor” (*Siglo veintiuno: Belén*, 57), ¿no es cierto con mayor razón en el campo de la enseñanza?

Educación es amor. El Padre González Villanueva lo ha probado de sobra, por sus títulos específicos, por su docencia y por ensayos sobre la materia, también por su poesía. “Solo de Amor se hablaba”, se afirma en *La voz y la fuente* (p. 49, un poemario publicado en 1994). Constituye una síntesis, en presente, de lo que tratan sus poemas. Desde luego, ello ocurre en forma explícita desde el inicio, con *Glosa de Amor bien pagado*, verdadera elegía toda, de puro amor filial, pero ese hilo conductor se mantiene siempre presente.

Don Gustavo es un maestro con gran sensibilidad por las letras y la pintura universales, *rara avis* hoy en día, pero por eso también ave preciosa. Por ejemplo, en *El ciprés mecido*, 102, encontramos una repentina alusión a “Mallarmé”, sin más: el poeta guatemalteco no lo exige de manera repentoria, pero prefiere un lector no solo educado, sino además culto, de preferencia. Sin caer en la doctrina superada de la explicación biográfica para todo, cuanto más sepa uno del recorrido vital del autor, sobre todo de su formación y andanzas, más aprovecha esa enciclopedia ambulante que es: yo que anduve tres veces por Antigua, una vez en plena semana santa, como no conozco la “Pintura de Thomas De Merlo” aludida pp. 252 y 256 (respectivamente “El Prendimiento” y “El Calvario”), pierdo parte de la profundidad del poema. Igual pasa con el cuadro “Crucificado” de Quirio Cataño en la Iglesia Catedral, el “Retablo de la crucifixión” en la Iglesia San Juan del Obispo y la “Piedad” de la Iglesia El Calvario (alusiones de pp. 287, 299 y 301). No hay que ser experto en pinacotecas ni en literatura española o francesa para saborear a este vate, pero ayuda sobremanera. (Las “notas”, entre pp. 311 y 320, en la edición aludida, desde luego son útiles, pero no resuelven todo, ni mucho menos: es que ¿cómo condensar en un volumen de poesía tanta interferencia histórica sobre cinco siglos de la ciudad de Antigua Guatemala?)

Hablando en términos pedagógicos, el poeta-docente confía además que uno sepa bastante de historia universal (entre otros por Marx, Hegel y Mao, en la *Loa*), de historia nacional guatemalteca (por alusiones a doña Beatriz, por ejemplo, en la misma *Loa* y en el *Cancionero*), y hasta de historia local antigüeña (la imagen de San Buenaventura que había por allí, en el *Cancionero* y como eje estructurante en *Razón necesaria*). Es que el maestro y el poeta (simbiosis perfecta) no se limitan a nombrar, sino a situar en el orden cósmico y humano. El resultado es “Antigua Guatemala/ inventariada para la eternidad.” (*Cancionero*, 43). ¡Qué objetivo de toda esa labor educativa no formal, más bonito, se plasma en los siguientes versos!: “Hasta que al fin se junten/ en indisoluble, eterna comunión, el Amor que el corazón anhela/ y la Verdad que busca la razón.” (*Luz*, 55). Por eso: “no razón necesaria,/ sólo Amor, sólo Amor”. (*Razón necesaria*, 30).

## 2. El eje del sacerdocio (*leitmotiv*: la muerte)

Partiré de la etimología latina de “sacerdote” como “ministro” de Dios, donde lo entremillado remonta a “servidor”. Qué grande es la utilidad de don Gustavo, como poeta, no tanto en el sentido de siervo o sirviente, sino de su servicio, en calidad superior para todos nosotros: su poesía nos sirve (y no estoy jugando con la semántica), nos comunica hasta lo inefable, nos orienta hacia la perspectiva trascendental. Cuanto

más avance este sacerdote en edad, más cumplirá con esa función, partiendo de la otra etimología que suele asociarse a su condición religiosa: la del presbítero<sup>5</sup>, el mayor, el que enseña el camino.

En este poeta prevalece un permanente sacerdocio explícito. De allí, lo que José Miguel Flórez-Estrada afirma de *Glosa del amor bien pagado*, que sería “de principio a fin, una oración, un diálogo preciso, (del) hombre buscador de Dios”<sup>6</sup>. Ahora bien, esa afirmación, ¿no convendrá ampliarla a toda la producción artística de don Gustavo? Por cierto, esa doble condición, de poeta y de sacerdote, en trillos una vez paralelos, otras simplemente coincidentes, en realidad no constituye originalidad alguna, porque abundan los ejemplos históricos, como Lope, Quevedo y Calderón, entre los clásicos; más cerca, en tiempo y espacio, encontramos también a aquel centroamericano grande, de nombre Azarías Pallais<sup>7</sup>.

Allí está también el caso del presbítero-vate Guido Gezelle (1830-1899) de mi tierra flamenca. Vale la pena el estudio comparativo. Es cuestión de examinar por ejemplo el paralelo sentido de muerte-amiga que permea las dos creaciones poéticas, en puente universal y lenguaje más allá de las naciones. No por casualidad, a como el tema de la muerte es de los principales en González Villanueva, también lo es en Gezelle, hasta en un poemario que se llama *Kerkhofblommen* (“Flores en el Cementerio”). Veo también otra similitud, cual es el carácter engañosamente popular, aparentemente sencillo, de las dos producciones líricas. En paralelo en ambos veo además el gran deleite por las cosas sencillas, la naturaleza, la gente menuda. Apunto finalmente la trayectoria vital, por décadas en ambos, nutriéndose y alimentando con versos. Un estudio a ampliar. Pendiente: ¡la traducción de sendos vates en el idioma del otro (o mejor todavía: la edición bilingüe, como la promueve la casa Gallimard)! Dicho sea de paso: ¡Gezelle y Pallais se enamoraron, poéticamente hablando, de la misma ciudad de Brujas, que más adelante relacionaré con otra isla en el tiempo, cantada por don Gustavo: Antigua Guatemala!

Ahora bien, en el caso aplicado a Gustavo González Villanueva, me gusta particularmente que su afán espiritual no se vuelve impositivo, aburrido; ¡todo lo contrario, es variado, tan ágil como profundo! A él le surge en verso y nosotros, con su hermosura, lo asimilamos. Por ejemplo, en el conjunto de su *Enigma de la Almeja* no hace falta que aparezcan términos como Dios o religión, pero por la magia del arte toda esa producción se presta a ser leída en un doble registro, por un lado como expresión metafórica del proceso de aprendizaje; y por otro, como búsqueda de una razón superior para el existir, a no ser que nos conformemos con ser “turistas de ilusiones” (p. 77). Bien al contrario, frente a esa postura, por cierto cada vez más frecuente, en hedonismo puro, del momento postmoderno, el postulado sugerente del poeta-guía es ir “más allá, más allá” (p. 26). Es el *Plus Outre* de Carlos, el emperador flamenco (1500-1555), en cuyo reino “el sol se ha puesto”, señala González, de manera iconoclasta: ver *Cal y Canto*, 36-

---

<sup>5</sup> De allí, en francés, por ejemplo, el “prêtre” y en neerlandés y alemán el “priester” o “Priester”, respectivamente; el inglés, “priest”.

<sup>6</sup> En la Presentación de *El enigma de la almeja*, p. 19.

<sup>7</sup> Sobre ese punto, ver entre otros mi trabajo: “Azarías Pallais: cuatro entronques sorprendentes (con énfasis en la relación con Bélgica)” en *Romaneske* (revista de la Universidad de Lovaina, Bélgica), Año 26, n° 3, 3er trimestre 2001, pp. 32-41. Remito además a otro estudio a partir de una ponencia en un congreso en Costa Rica: “¿Un pasaporte flamenco para Azarías H. Pallais? El estudio apareció en *Mélanges Nachtergaele*, de la Universidad Católica de Lovaina (KUL), Presses Universitaires de Louvain, en 2003.

-37 y *Al aire de tu paso*, 40<sup>8</sup>. La repetición insistente del término luz, en este caso, debe resguardarnos de *ilusiones* (el énfasis etimológico es mío), y encaminar hacia “la Flor de tu Ilusión” (p. 80). Desde luego, los juegos semánticos y de mayúscula no son mero capricho formal, sino parte del enigma... ¡y parte de la almeja!

Su arte constituye un recordar platónico (*Luz* 46, 66), pero también un esperar, agónico en sentido original de “lucha por algo” en el presente y en el futuro inmediato (el término se fue limitando a una lucha por la vida, al borde de la muerte). Se trata de dar un sentido al vivir, configurar un destino humano precisamente con una dimensión meta-humana, pasando por la muerte. Por eso, esa tenebrosa dama es *leitmotiv* en don Gustavo, perceptible desde el principio lejano hasta el momento. Su sacerdocio literario, entre otros, consiste en recordarnos esa tarea primordial de buscarle una dimensión trascendente y por ende a su finalización antagónica. La vida no tiene sentido sin su oponente. En *Una rosa encendida*, p. 64, a manera de epílogo, el poeta teje su mortaja lírica de enamorado. En *Cal y Canto de la antigua capitana*, en medio de tanta vivaz evocación del entorno, él re-conoce su destino: “tú y yo./ en el vestíbulo./ esperando/ -nuestro turno-/ -en la penumbra” (p. 100). En *Luna de Cristal*, p. 16, figura uno de tantos epitafios propios (con fecha 1975); igual, en *Entre la luz y el viento*, p. 34. Para el cristiano que es don Gustavo, cabe postular y vivir la muerte como mero tránsito hacia una realización más plena.

En *Tierra que sufre*, cantidad de poemas, en cadena, evocan el fallecimiento: “fuerte es la muerte”; “el tiempo herido por la muerte/ me aúlla en las entrañas” y se concluye: “Muerte, qué fuerte eres”. (pp. 43-85), todo en rivalidad bipolar, amor versus muerte; pero ésta irá perdiendo: “El Gran Amor./ Triunfante árbol retoño/ fuerte como la muerte/ más aun: Ya la has vencido”. Esa dualidad sostenida algo pareciera tener de los diálogos medievales entre dos posturas, como la carrera de armas frente a la de letras. En la *Loa* asistimos a la lucha agónica (ya en sentido contemporáneo) de Tecún Umán: como Alonso de Ercilla en su *Araucana*, González Villanueva enaltece artísticamente al vencido para subrayar la superioridad del vencedor. En *El enigma de la almeja*, junto con otra especie de epitafio, figuran alusiones al tema de la muerte en los versos, eso sí, re-interpretados, de Horacio y de Tibulo (pp. 51 y 60). En *Al aire de tu paso*, nos topamos con el poeta esperando, contemplándose a sí mismo desde “(su) lóbrega bodega” (p. 92); en *Canciones de amor bien pagado*, el tema de la espera vuelve, con insistencia. Pero en ninguna parte de su extensa obra es a la manera absurda de Godot: es “Dios, no adiós” (*Bitácora*, 186).

Esa abrumadora presencia fúnebre, funesta, no quita que el poeta es un enamorado de la vida; por eso pide plazo: “Muerte, mejor otro día” (*Cancionero*, 38). Solo desde la visión trascendental que le asiste, el “¡Te quiero! ... ¡Me muero!” no es contradictorio. Es “la muerte amada”, como reza un poema en *El ciprés mecido*, 85 y 100). Por lo demás, esa tensión tan barroca, calderoniana, entre el vivir-que-es-el-morir de Segismundo, se vuelve eje estructural también en la *Bitácora de la Antigua Guatemala* (pp. 53, 57, 97, 130, 155, etc.). Constituye tema harto presente, además, en otros poemarios. Acaso no es cierto, como proclama el personaje lírico en *Siglo Veintiuno: Belén* que: “somos pura contingencia/ con ansias de eternidad”? (p. 38).

---

<sup>8</sup> Don Gustavo no cansa, al leerlo, por sugerente *ad infinitum*. desde luego es conveniente tener un mediano conocimiento histórico para saborearlo cada vez más: esa burla de Carlos V, constituye también, desde luego, una parodia magnífica de la escena ocurrida entre Alejandro Magno y Diógenes, siglos antes.

### 3. El eje del arte (*leitmotiv*: la palabra)

Gustavo González Villanueva destaca en las letras guatemaltecas y universales, en el plano de la novela, premiada, como en el de la poesía, ¡y eso que, según propia confesión, ella está hecha a base de “migajas del tiempo”<sup>9</sup>! Fiel a mi definición de *corpus*, aquí me limito a la expresión lírica, tan profusa y rica. El autor, primero que nada tiene conciencia de serlo: “estas calles empedradas/ no lo fueron/ hasta que yo las empedré” (*Cancionero*, 25), subrayando su voluntad creadora, su imaginación hecha verbo lírico. Para ello, él se basa en una impresionante cultura, si no universal, en todo caso occidental, no solo hispana. En *La jaula de unos versos*, señala: “¿No te asombras/ de ver volar en la tarde/ unos pájaros/ que fueron propiedad / de otros poetas? ¡Qué fácilmente rompieron la jaula de unos versos,/ y vinieron a ti en la tarde/ a pedirte otros versos/ y a llamarte poeta!” (*Almendras* 42<sup>10</sup>). Pero como en todo creador se encuentra también la aversión a la copia, lo desfasado: “¿Habré nacido tarde/ para hacer, decir, algo?” (*Almendras* 60). No hay peligro: su originalidad consiste en haber bebido de tantas fuentes clásicas ¡y haberlas digerido! Todo arte nuevo es “plagio”, porque en cierto sentido todo está dicho, pero dándole, por horas, sobre el yunque. El resultado es un arma blanca, penetrante hasta el alma.

En don Gustavo el culto a la palabra se vuelve entonces una constante, una piedra angular para su labor constructiva. Hace cuatro décadas ya, escribió: “cada palabra/ más despojada de sí misma/ para ver si/ es quitarle el polvo/ y las costras/ de los siglos/ y decirla desnuda, como es”. (*Luna*, 51, fechado: 19-XII-64). Así, es esta paciente re-creación, aunque a veces surja la duda: “no sé quién es el gastado: si la figura o el figurador” (*Luna*, 65, de 1962). Un valor agregado, en este caso es que sus glosas, romances, etc., siempre orientan, expresamente o no, “de lo divino a lo Divino” (*Bitácora*, 160). Habría que estudiar más a fondo no solo el aspecto formal en Gustavo González Villanueva (de cómo en odres viejos ha sabido producir vino nuevo, sino además, el efecto que logra en el receptor, a partir de su propia invitación a ser partícipe en su afán creativo: “¿piensas que vale la pena/ que tú con tus pensamientos/ y que yo con mis palabras/ escribamos un poema?” (*Cancionero*, 52). De allí que, en yunta, este último poemario no deja de ser, en Antigua, una joyita, a la antigua...

### 4. El eje de lo actual (*leitmotiv*: el asombro)

Bajo el título, precisamente, de “Biografía”, en *Almendras de Oro* figura la siguiente poesía: “Un día,/ allá en la infancia,/ abrí los ojos,/ ¡y no he salido de mi asombro!” (p. 16) y prevalece ese sentimiento, hasta en la *Loa en Antigua Guatemala* (p. 253), en plena Semana Mayor. Toda esta temática constituye una especie de sacerdocio, esta vez implícito, en contagioso goce de vivir. El asombro aristotélico, González Villanueva lo quiere transmitir también a su lector. Así, en cantidad de alusiones, de los primeros poemarios, como en el último hasta la fecha: esta tensión allá-acá, la encontramos desde luego también en su *Bitácora*, en prodigioso disfrute del entorno natural, por supuesto asombrosa pero también “natural” referencia a su Creador último.

---

<sup>9</sup> Ver en la Presentación de *El enigma de la almeja*, p. 10. La misma idea vuelve poéticamente en *Al aire de tu paso*, p. 33.

<sup>10</sup> La misma parte de poema se encuentra también en *Luna de cristal*, 51. En este mismo poemario el autor retoma la idea: “...le fue dada, prestada se entiende,/ la palabra. La palabra al hombre./ Lo único que tiene.” (p. 19).

Al respecto, don Gustavo maneja una sorprendente técnica de asombro, ya no tanto en él mismo, sino en su receptor, nosotros todos. Esta resulta particularmente vivaz en el reincidente tópico de Navidad, no solo la de Cristo nacido en Oriente, sino con abierto anacronismo, la de aquí y ahora. Como analizado en otro trabajo, existe entonces una constante voluntad iconoclasta de “contemporaneización” de la temática bíblica. En *Nanas del adviento* existe una continua interferencia entre el acá y el allá tanto en sentido espacial como trascendental: “¡Ya viene, ya viene!”/ “Gloria en las alturas!”/ (Y estamos tan bajos/ en estas tristuras.)”. La tensión se sitúa entonces siempre entre el Belén evocado y el Guatemala de aplicación (o cualquier país del mapa actual), como entre lo terrenal y lo celestial. La mayoría de las creaciones de este poemario vienen con un epígrafe que consiste simplemente en un topónimo de la geografía guatemalteca<sup>11</sup>: “Las Salinas”, en este caso, o “San Juan del Obispo”, o “Petén Itzá”, etc. (p. 44).

Igual, en la *Loa*, Cristo nació también para los taxistas y en *Siglo veintiuno: Belén*, al niño le llevan tortillas, tamales y batido; lo anuncian hasta en el estadio y en los cines (pp. 25 y 32). En *Entre Luz y el viento*, de 1993, observamos a un hombre que “con cigarro en la boca/ esperaba al Mesías” (p. 16). Sorprendente interferencia, asombrosa presencia, ¿verdad? Eje estructural de toda la poética de González Villanueva constituye entonces también eso que, con neologismo identifica como el “abajado Dios” (*El ciprés mecido*, 73), con tal de obligarnos a la pregunta: ¿ha bajado ese llamado, ese ejemplo, a nuestras conciencias? Total, de manera sorprendente González patentiza que ese mocoso<sup>12</sup> nació hace dos mil años tanto para todos los habitantes de los posibles pueblos “Belén” en toda la geografía universal, para cada uno de los empleados de la Bethel Steel Company, como simplemente para todos nosotros.

## 5. El eje de lo centroamericano (*leitmotiv*: Antigua)

*Last but not least*, para esta primera parte de la *Opera omnia* de González Villanueva, como columna principal destacaré su permanente centroamericanismo, lo cual justamente también lo eleva a baluarte universal. En sus primeras poesías hubo menos referencias a lo local, pero a medida que se afianza el poeta, ahora ya por cuatro décadas, aumenta el peso de Antigua. Está omnipresente, en y con González Villanueva, desde el principio y quedará con él hasta su último halo. Mucho antes de cierta chilena (Marcela Serrano) entonces, ya don Gustavo exclamó “Antigua amada mía”. En *Luna de cristal*, lo mismo que al otro poeta guatemalteco en exilio (Rafael Landívar, nuevo caso de sacerdote-poeta), nuestro escritor bajo estudio, desde Roma clama por su “Antigua Guatemala/ inventariada para la eternidad” (p. 36), y en el epílogo deja el encargo que “le das un beso en mi nombre,/ Luna,/” (p. 67, fechado de 1966). Más tarde, en años y madurez, deduce: “no puede ser la Antigua/ sin silencio,/ sin rosas,/ sin soñar (*Romancero*, 26).

Desde luego, en *Loa en la Antigua Guatemala, Cavalcavía en el tiempo*, la vieja metrópoli chapina es “telón de fondo”, para cada poema, para cada verso, como lo sugiere el

---

<sup>11</sup> Solo el poema “Ángeles y niños” se sale de este marco. Se nota, primero por el epígrafe “Esquipulas, San José de Costa Rica” (con mezcla del norte y sur centroamericanos), y enseguida por otros topónimos dentro del poema: “Sierra de las Minas, Momotombo, Izalco, Volcán Irazú” (p. 54).

<sup>12</sup> Perdonen la irreverencia aparente. Por cierto, ya que este artículo salió con varias interferencias curiosas entre ese autor guatemalteco y lo belga, comento aquí que el término “mocoso” obedece exactamente al de *snotneus* que se usa en neerlandés, idioma principal de mi país.

recordado Carlos Meléndez Chaverri<sup>13</sup>. La obra, la más extensa de su vasta producción, es no solo una alabanza al Creador (loa proviene de *laus*, en latín), sino que constituye en sí un elogio monumental a la ciudad al lado de los volcanes Agua y Fuego: “la noche antigüeña era/ un auto sacramental” (p. 32). En ella desfilaron (¿desfilan?) Tecún Umán, don Pedro Alvarado, doña Beatriz, el Obispo Marroquín, don Bernal Díaz del Castillo, Bartolomé y tantos otros..., pero además también el actual herrero, el alfarero de la otra cuadra, el talabartero de la esquina; igual, Juana y Susana, vecinas, pasando por los presidentes Barrios, Estrada, Ubico y otros. Uno los ve pasando, año tras año, en adviento de Navidad y en la famosa semana santa, sobre las imponentes alfombras de aserrín colorado.<sup>14</sup>

Esta obra está entre las más logradas, no solo por su envergadura, sino por el imponente soplo épico que transmite, incluso para un público no guatemalteco. Salvando distancias, es como Brujas rediviva en *Brujas-la-Muerta*, de Georges Rodenbach (1855-1892). Ninguna de esas creaciones sobre el pivote de una ciudad es una obra dirigida solo o de preferencia a los ciudadanos de ella. En ambos casos, su ubicación específica vale, pero además trasciende, se vuelve metáfora. En sendos trabajos, uno en poesía y el otro en prosa tan florida, las calles y los edificios SON uno de los personajes. Con los evocados, en el caso guatemalteco, nosotros paseamos por los Cerros del Portal y de la Cruz, la Calle El Chajón o la Cuesta de las Cañas (pp. 168, 191 y 203), sin olvidar las estaciones en las numerosas iglesias (La Merced, la Catedral, El Calvario, la Iglesia Escuela de Cristo... pp. 249, 252 y 281...). Igual que en la novela del belga, de fines del siglo XIX, a fines del XX, la *Loa* de Gustavo González se enriquece si uno la visualiza como arte-símbolo, mapa en mano. Claro, más fuerte todavía será el impacto, a partir de una estancia personal en esa ciudad<sup>15</sup>: estamos todos “en la Antigua convocados” (título de poema, *Loa*, 243) y, palabra, igual que en el poemario, también hasta a Judas “acabo de verlo pasar” (títulos de poema, *Loa*, 243 y 248).

También en el *Cancionero*, la “amada ciudad” resulta ubicua, como en las páginas 37, 44, 45...). Pero puede ser también que ese marco tan plástico-universal (no por nada, patrimonio de la humanidad, ¡lo mismo que la medieval Brujas!) no esté presente explícitamente, como en *El ciprés mecido*. Allí no aparece su comunidad para nada, salvo en la signatura del poema “atrio de la catedral”, donde se precisa el tiempo y el espacio: “Antigua, Guatemala, Diciembre 31, 1992” (p. 96). Se confirma en todo caso el romance nuevo del autor: “Antigua, ciudad de sombras./ donde platican las sombras” (*Cancionero*, 16). Como sea, la presencia de ese lugar nunca se hace de una manera costumbrista, de ombligo-del-mundo, sino como escenario donde al poeta le tocó nacer hace décadas y vivir casi igual tiempo. Desde Antigua al mundo, esa es la idea.

En *Cal y Canto de la antigua capitánía*, desde luego, la “Muy Noble y Muy Leal Ciudad” fue, es y será omnipresente, siendo personaje principal, con el mismo mapa sugerido en el párrafo anterior; ¡no!, mejor boleto en mano. En *Al aire de tu paso*, el poeta le hace rivalidad a Cardoza y Aragón, en amor por la ciudad (p. 71-72). Mención especial merece el Arco de Santa Catalina, hermoso motivo de tantas postales antigüenas<sup>16</sup>, al paso

<sup>13</sup> Cito por el *Prólogo* del excelso maestro, p. 13 en la edición de la *Loa*, siempre de Promesa, de 1999.

<sup>14</sup> Que me disculpen esa otra interferencia belga: ¿verdad que las obras de arte de aserrín, en Semana Santa, son como los tapices de flores, en su momento, en la *Grand Place* de Bruselas?

<sup>15</sup> Refiero explícitamente a mi propio trabajo-mapa reconstructivo en “¿Una estrella fugaz en el firmamento literario?” (sobre la novela *Brujas la Muerta*, de Georges Rodenbach), *Revista Nacional de Cultura*, diciembre de 1999, pp. 23-33.

<sup>16</sup> Ver por ej. también la edición de 1995, de Promesa, que retoma el arco en la misma portada del libro.



de procesión en Semana Santa o en cualquier momento del año. Don Gustavo lo tiene en todas partes, como en *Entre la luz y el viento* y en el *Cancionero* (pp. 21 y 47, respectivamente, en el último caso, con un poema específico). Abundan desde luego también las menciones de paso, por su reloj, sobre todo, que marca que “ya es hora de Dios” (*Cancionero*, 47), como en la *Loa*, en diversas partes.

\*        \*  
\*  
\*

A manera de conclusión: no hubo que escarbar en profundidades escatológicas para reconstruir las ideas matrices y sus moldes respectivos en la obra total de don Gustavo: los ejes y sus correspondientes motivos fluyen fácilmente a la mente de cualquier lector, incluso en el no iniciado o menos preparado. Esa es una de las grandes virtudes del gran literato guatemalteco como creador: a pesar de media docena de títulos académicos, su verbo, sin ser llano ni vulgar, ni mucho menos, se mantiene accesible (y sería interesante medir, de verdad, en términos sociológicos su alcance popular, seguramente grande, como el de los citados Gezelle y Pallais, pese a que tampoco son necesariamente sencillos).

Hemos descubierto que a tantos temas y formas de elaboración, en el poeta González Villanueva subyace una gran continuidad, la de un hombre creador, no sé si nato, en todo caso constante, perseverante, por más de cuatro décadas ya. No se trata entonces para nada de un impulso momentáneo, una fiebre circunstancial, *à la Rimbaud*, sino de un *élan vital* en sentido estricto de la palabra: comprobamos un soplo poético de largo alcance, un impulso literalmente por toda la vida. Es una característica también de todos los demás sacerdotes-poetas citados; nada de *flirt* momentáneo ni con Dios ni con la poesía, por que para todo su existir, los anima la misma musa.

*In cauda venenum.* Ahora viene la propuesta subversiva: que la poesía forme parte del arsenal del diplomático. ¿Por qué no? Ya Oscar Arias, Premio Nóbel de la Paz, lo probó con Jorge Debravo, en Naciones Unidas.